



Populismo

Jaime Augusto Shelley

EL USO DEL TÉRMINO POPULISMO que acaba de renacer en los discursos de la derecha, contrariamente de lo que cree la gente, aparece en la España reaccionaria y franquista ante la amenaza que supone la posibilidad muy real de que los partidos emergentes de izquierda logren ganar en las elecciones de noviembre. El pánico de la extrema derecha trepada en el poder es visible sobre todo en los exaltados discursos del presidente Mariano Rajoy, que parece a veces sufrir un ataque de convulsiones a punto de llevarlo a la paralización.

Como es costumbre —dado que el estratega de la Presidencia en México disemina la doctrina neoliberal— es una agencia española, venida aquí desde los tiempos de Vicente Fox, la que rige los argumentos de los discursos presidenciales desde entonces. Al igual que sucede en otros países de América Latina, muy singularmente en Colombia y Perú. Ahí se repiten, palabra por palabra, los mensajes de esa derecha que recibe instrucciones de los centros financieros mundiales, dueños de la gran mayoría de los medios de comunicación en el mundo, incluyendo Televisa.

Esta estrategia de desprestigio tampoco es nueva, aunque parecía ya un tanto olvidada. Nace en la Inglaterra de principios de siglo xx, al emerger en la vida pública el Labour Party (Partido de los Trabajadores). Pero este Partido no nace de los habituales juegos de política o políticos ya envueltos en las habituales conspiraciones de la cúpula, sino que viene de una pequeña formación de intelectuales socialistas entre los cuales aparece, de manera prominente, el dramaturgo George Bernard Shaw. Es una pequeña reunión de unas veinte personas que tomaron el nombre de Fellowship of the New Life (Fraternidad Para Una Nueva Vida). Poco después, el grupo ya crecido en su membresía, decidió crear una segunda organización de carácter político, hermanada con la primera, a la que nombraron Fabian Society (Sociedad Fabiana) en enero de 1884, en honor del general romano Fabius Maximus (cuya estrategia consistía en la victoria gradual mediante persistencia, acoso y debilitamiento del enemigo, es decir en el desgaste, más que un enfrentamiento directo en batalla, del ejército que comandaba el renombrado general cartaginés Aníbal). En 1895, la Sociedad Fabiana fundó la London School of Economics and Political Science (Escuela de Economía y Ciencias Políticas), una de las más reputadas instituciones académicas hasta la fecha, “para mejorar la sociedad”.

La Sociedad Fabiana —una organización socialista cuyo propósito era el avance de los principios del socialismo por la vía del gradualismo y el reformismo, más que por el camino de la revolución— pretendía echar abajo el poder por la fuerza. Como el peso de una mayoría de miembros tenía inclinación por el aspecto político y la organización era ya numerosa, la Sociedad se convirtió en 1900 en the Labour Party.

Los Fabianos impulsaron, en 1906, el establecimiento de un salario mínimo y, en 1911, la creación de un sistema de Salud universal gratuito y, para 1917, la abolición de las herencias de los nobles, así como el desarrollo de un programa de viviendas para los trabajadores y la reforma de la educación pública. Muchos personajes y gobernantes imitaron las propuestas.

Es particularmente notable la participación de Jawaharlal Nehru quien, al darse la independencia de India, siguiendo las ideas del Fabismo, estableció la propiedad del Estado en los medios de producción, en especial, los sectores estratégicos como el del acero, el eléctrico, las telecomunicaciones, el transporte, la minería y el desarrollo urbano.

Por supuesto, las naciones, parte de la Comunidad del Reino Unido, así como sus Colonias, fundaron Sociedades Fabianas en sus países.

Desde entonces, y hasta la criminal traición de Tony Blair, el Partido Laborista (o de los Trabajadores, para decirlo más puntualmente) sirvió a su comunidad y dio al país un orden más democrático que en ninguna otra región del mundo, excepto en los Estados Unidos que al final de la Segunda Guerra Mundial pasó a ocupar el lugar de primera potencia mundial y adoptó muchos de los programas planteados por el Fabismo.

Sucedió lo mismo en México, satélite de la economía norteamericana hasta la llegada del neoliberalismo hace unos treinta años, que dismanteló la estructura económica del país y destruyó la propiedad del Estado en áreas estratégicas como las telecomunicaciones, el sistema laboral, la minería, la energía, la industria eléctrica y la seguridad social.

La fórmula ha sido sencilla y a la luz del día. Se ha usado a nuestros gobernantes como cómplices, muchas veces víctimas del chantaje (casi todos tienen pasados turbios que la CIA archiva y manipula a su antojo) o,

como en el presente, mediante la participación feliz y sumisa, deseosa de agradar al Patrón y a sus secuaces locales que medran con la miseria del pueblo siempre callado o acallado en sus mínimas expresiones de descontento.

¿Adónde nos lleva esta asfixiante situación? Es difícil imaginarlo. Se vive tan precariamente, con servicios insuficientes, salarios infames, con la presencia omnipresente del crimen en nuestra vida diaria, con miedos de toda clase: perder el empleo, salir a la calle, tomar un camión, no tener lo suficiente para darle de comer a la familia al final de la semana, temer por la seguridad de los hijos que van a la escuela, y tanto más.

La brutal desigualdad que nos agobia y difracta nos hace aparecer como dos países distintos, antagónicos de hecho: una minoría con privilegios, un veinte por ciento de la población, educada en escuelas privadas, que vive en casas y conjuntos rodeados de aparatos de seguridad privada; muchos de ellos alejados de la zona urbana, con servicios propios, con centros comerciales, cines, clínicas y, aún más, con escuelas. No sólo en la ciudad de México, también en ciudades de provincia, donde se asientan grandes corporaciones transnacionales cuyos empleados de alto rango requieren de condiciones para establecerse seguros, confortablemente, en un entorno parecido al de su origen o aspiración. Y lejos de esas murallas, la gente común, mayoritaria, parada bajo la lluvia, esperando un transporte en el que viajarán por horas para volver a su hogar sin certeza alguna de no sufrir un asalto, una agresión, la muerte tal vez, a manos de un delincuente sicótico o cargado de drogas.

Y quienes vengan a defender los derechos de esa población inerte, clamando por una mejoría en sus lamentables condiciones, serán anatemizados, perseguidos, llamados *populistas*. ■■